



EL MUTISMO IRÓNICO DE EDUARDO VII

Los grandes vencidos de la gran guerra de las naciones se han creído en la obligación de explicar su vencimiento y de justificar su conducta; han sentido la conciencia de su responsabilidad en la historia. ¿De veras? Acaso han querido más bien explicarse como actores, en calidad de comediantes trágicos. Tal Ludendorff, tal ahora el Kronprinz, el desterrado de Wieringen, el hijo del ex Kaiser Guillermo, el que iba a tomar Verdún.

El ex Kronprinz, el que fué príncipe heredero de la corona imperial de Alemania, se ha creído obligado a escribir también su alegato apologético, a que los futuros historiadores le oigan, y ha publicado su Diario, en colaboración, según parece, con el novelista Carlos Rosner.

Lo que ante todo se propone el ex Kronprinz es, naturalmente, defenderse de las acusaciones que se le han dirigido y sacudirse responsabilidades. El, el pobrecito, no tiene la culpa de nada de lo que se hizo. Hasta le pareció mal aquel envío de la «Panther» a Agadir, que tanto juego representa en los prodromos de la guerra y tanta significación tenía, por otra parte, en el ensueño, aquí, en el reino de España, de un Vice-Imperio Ibérico, ensueño hoy agonizante.

¿Y la actitud del ex Kronprinz, del hijo, respecto a su padre, al ex Kaiser? En ese alegato apologético el hijo se pone, con muchísimo respeto, frente al padre y muestra más bien, ¡el ingrato!, admiración hacia Eduardo VII. Es ahora la moda entre los coronados eso de admirar a Eduardo VII, el diplomático del deportismo o deportista de la diplomacia.

El ex Kronprinz se queja del «sistema de la tercera persona», de la falta de relaciones directas con su padre. Pero esto ha sucedido siempre. La historia nos dice que nunca fueron muy cordiales las relaciones de un soberano con el presunto heredero de su soberanía. Y él es muy humano, demasiado humano. Sta llegar

al grado repulsivo de la conducta del abyecto Fernando VII para con su pobre padre, el calzonazos de Carlos IV, cazador, las relaciones de los príncipes herederos con los monarcas a quienes anhelaban heredar no han solido ser de las que honran al espíritu humano.

El ex Kronprinz elogia ¡claro! la nobleza, la pureza, la franqueza, la ciencia y la imaginación de su padre; pero añade: «Es verdad que esta necesidad de franqueza encontraba su más fuerte apoyo en la idea exagerada, manifiestamente dominante, que el emperador tenía de su efecto personal del momento». Y luego el hijo hace observaciones sobre la inclinación del Kaiser, su padre, a derramarse en discursos abundantes sin saber escuchar, a ser demasiado sensible a las adulaciones de los cortesanos. Lo que concuerda con lo que Erzberger dice en sus Memorias.

Si; el pobre Guillermo se creía un orador, y creía en el efecto personal que producía. Sus indiscreciones parecíanle actos geniales. Y su hijo, comparándole con Eduardo VII, tío del Kaiser, decía de éste: «El emperador sentía sin duda que su carácter, cuyas manifestaciones un poco ruidosas delataban más el gusto del triquitraque de las charrascas que una real fuerza de alma, chocaba (en Eduardo VII) con el sentido de la realidad y una vasta experiencia del mundo, con un frío escepticismo, y puede ser, también, que con un mutismo irónico.»

¡Frío escepticismo! ¡Mutismo irónico! Hay que enterarse primero bien de lo que llaman frialdad y escepticismo esos hombres que, como el antes Kronprinz de Alemania, han sido educados en el optimismo profesional o más bien teatral. Y en cuanto al mutismo irónico...

Eduardo VII no presumió nunca de orador. Representó a maravilla su papel de rey perfectamente constitucional, limitándose a leer los discursos que sus ministros le ponían en la mano, y luego, sin ruido, sin indiscreciones, en voz baja, en coloquio privado, hacia, acaso irónicamente, su labor. Y es que un perfecto soberano constitucional debe ser escéptico — en el más puro sentido de esta palabra — e irónico. Sobre todo silenciosamente irónico. La ironía del silencio de un rey constitucional es un arma poderosísima.

Porque como papel, en el sentido de la comedia, no hay en el arte escénico papel que exija más finas condiciones de sutileza irónica que el papel de rey constitucional. El poder llamado moderado, tiene que ser un poder irónico, pero en el sentido de la ironía socrática. Nuestra guasa castiza, por ejemplo, o la socarronería fernandina, no son ironía. La ironía es algo más íntimo, más fino, más entreñado. Y algo a base de escepticismo. De donde resulta que artísticamente no hay nada más difícil que representar bien el papel de rey constitucional. De despota puede hacer cualquier racionero, pero para hacer de rey constitucional hay que ser un consumado actor y consciente de la comedia, es decir, un gran ironista.

